



ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA



© 2014, Luis María Pescetti
www.luispescetti.com
© De esta edición:
2014, Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

ISBN: 978-950-46-3787-5
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*
Primera edición: junio de 2014

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:
MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición:
VIOLETA NOETINGER - LUCÍA AGUIRRE

Diseño de la colección:
MANUEL ESTRADA

Pescetti, Luis María
Alma y Frin / Luis María Pescetti ; ilustrado por Lucía Mancilla Prieto. -
1a ed. - Buenos Aires : Santillana, 2014.
288 p. : il. ; 12x20 cm.

ISBN 978-950-46-3787-5

1. Literatura Infantil Argentina. I. Mancilla Prieto, Lucía, ilus. II. Título
CDD A863.928 2

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

 **SANTILLANA**

Alma y Frin

Luis María Pescetti

Ilustraciones de Lucía Mancilla Prieto



ALFAGUARA


A los chicos y maestros de escuelas rurales.

A nosotros (con permiso).

1

SORPRESA

Cuando Frin subió a la duna se paró frente al mar por primera vez; pero ahí estaba Alma, sentada en la arena, hablando con ese chico más grande. Entonces no vio el mar, dio media vuelta.

—Frin, ¿qué hacés? Viajamos hasta acá, ¿no vas a saludarla? (papá).

—Dejame (se alejó).

—Esperá...

—¡Dejame!

Así terminó la visita de sorpresa que Frin había preparado para el cumpleaños de Alma. No quiso quedarse un segundo más, ni que Alma oyera un ruido y se diera vuelta. Bajó la duna hasta la calle de arena y se alejó caminando a grandes trancos. Pasó al lado del jeep. Siguió de largo. El papá dudó un segundo en bajar a avisarle a Alma, pero no conocían esa ciudad, si Frin se alejaba no lo encontraría. Solo gritó:

—¡Alma! ¡Hola!

Y alzó los brazos. Ella se dio vuelta, el sol le daba en la cara, puso su mano como visera, en ese momento el papá vio que Frin se largaba a correr. Alma se puso de

pie, para ver quién la saludaba. El papá hizo bocina con las manos:

—¡Ahora volvemos!

Alma levantó un brazo, pero la sorpresa era demasiado grande como para reconocer que era el papá de Frin. Cuando corrió hasta la duna ya no había nadie, y solo vio a unas cuerdas un jeep alejándose.

El papá alcanzó a Frin, lo convenció de subirse al jeep; pero con la promesa de que no volverían a la duna, ni a buscar a Alma, ni a nada. Solo al campo. Regresar.

Alma se quedó mirando. ¿No le prestaban un jeep al papá de Frin? No estaba segura. Aunque su corazón adivinó que era Frin dándole una sorpresa, pensó que ese presentimiento eran sus ganas de que Frin hiciera eso. Se ensombreció pensando que Frin no la había llamado ni le había escrito, ¿cómo podía olvidarse de su cumpleaños?

El papá apretaba el volante con las manos, enojado con Frin. Él no hablaba, no respondía, miraba por la ventanilla para disimular unas lágrimas. Malditas lágrimas, maldito mar, maldita idea de la sorpresa. Para colmo su mamá lo iba a llenar de preguntas:

—¿Te gustó el mar?



2

LAS GALAXIAS SE ALEJAN

Todo comenzó antes, con la mamá de Alma contándole que les prestaban la misma casa de la playa para las vacaciones; ella disimuló sus pocas ganas con una media sonrisa.

También, con Lynko yéndose a Alemania con sus papás, a conocer una empresa que le había ofrecido trabajo al padre. No quería decir que se mudarían ya, pero si aceptaba deberían hacerlo. Y con Frin dibujando otra media sonrisa cuando sus papás le anunciaron que pasarían el verano en lo de un tío que tenía una librería en un pueblo con más árboles que personas; eso estaba bien para cuando uno era un nenito, pero ¿ahora? ¿Al menos irían en ómnibus, viendo películas reclinados en un asiento cómodo? No, el papá se las arreglaba para “vivir una aventura”. En vez de hacerlo como todo el mundo, tenía que ocurrírsele una maldita aventura. Gratis a lo de un tío, en un pueblo en el que la electricidad era a carbón, algo así, y en un jeep prestado que Frin conocía: iban a llegar cuando Lynko, Vera y Alma terminaran la primaria.

Ese fue el resumen que Frin le contó a Elvio, que comentó:

—¡De vacaciones con los papás! ¡Qué suerte que tenés, Frin!

—¿Qué dice?

Elvio lo despeinó con la mano, la mirada perdida. Seguro que esto sería un recuerdo buenísimo dentro de mil años, pero hoy es un plan aburrido.

—Decile a tu papá que puedo prestarles una carpa.

—Ni se le ocurra, Elvio.

—Por si quieren acampar, ¿no, Frin?

—Odio acampar.

—Vení que te la muestro, la usábamos con mi hija cuando era chiquita.

Frin sospechó que debía ser de la época de los romanos la carpa, porque la hija ahora tenía como cuarenta años, no, veinti... y algo. Lo mismo. Fueron hasta la baulera de la casa.

—Acá está.

Elvio dio un tirón para sacarla, se cayeron todos los trastos que se apoyaban en ella y, como ese era su método para buscar algo en la baulera, todo quedó según cayó y Elvio cerró la puerta.

—Capaz que hay que darle una lavada a la lona...

—... (*¿Lona? ¿Qué es "lona"?*).

—¡No se hacen más de estas carpas, Frin!

—... (*ya murió demasiada gente cargándolas*). ¿No es pesada?

—Porque es buena, mirá qué costuras, qué remaches.

—Elvio, ¿y no se va a enojar el faraón si profanamos su tumba?

Soltaron una carcajada.

—¡Malvado muchacho! ¡Te presto un tesoro!

—¡Parece el cofre del tesoro, Elvio!

—¿Qué le ves de malo, a ver?

—Se va a enojar si le digo.

—No, no, al contrario, ¿qué podés encontrarle de malo a una carpa de esta calidad?

—Bueno... es... vieja...

—Sí, porque duró, no como las cosas de ahora, que no duran.

—...pesada, el color es espantoso, no tiene marca y uno debe tardar horas en armarla.

—No pienso rebajarme a una crítica tan... tan... Vos decile a tu papá que se la presto.

—A él le encantaría, Elvio, no le voy a decir.

El papá aceptó feliz y pasó a buscarla, la carpa y el jeep armonizaban, parecían del mismo Período Cretáceo.

Si las galaxias se alejan, como explicaban en ese programa de tele, ¿cómo es posible que todas se alejen de todas a la vez? Frin lo miraba imaginando que debía haber por lo menos una que quedaba en el medio, tipo: “¡Ey, qué les pasa a todas! ¿A dónde van?”.

Porque eso era exactamente lo que él sentía cuando fue con su papá al aeropuerto, a despedir a Lynko. Alma en la playa, Vera con sus papás, en las sierras, y Lynko, a Alemania.

Un aeropuerto bastante nuevo, y gente que se viste para viajar en aviones nuevos, que van por el aire, que vuelan: no en jeep.

3

EL BAILE

Andrea, otra de las chicas, propuso hacer un baile para despedir el año.

—Ya les pregunté a mis papás y podemos hacerlo en casa.

“Y poñemo añeño eñ ñasa”, se burló Alma en voz baja. Frin la oyó, pero mejor no preguntó nada porque Andrea le daba celos a Alma. No es que se lo hubiera dicho, pero le veía salir un humito negro cada vez que la otra hablaba. Y solo porque era la más grande o desarrollada, porque había nacido en agosto o algo así, se desarrolló antes y parecía como de quince, y se pintaba las uñas de azul o de verde, y era abanderada e insoportable. No la soporto, Alma siempre terminaba así cualquier comentario sobre ella, casi lo había convertido en su apellido: Andrea Nola Soporto. A Frin no le parecía tan mala onda, ni a ninguno de los varones.

Un día Frin la estaba mirando sin darse cuenta de que Alma se acercaba:

—¿Cuánto aguantás sin respirar? (Alma).

—¿Eh...?! —reaccionó Frin, y volvió a respirar.

El día del baile ella también programó la música, porque su hermanito menor hacía de DJ, con dos aparatitos y los auriculares, pero seguro que ella le había ordenado todo.

Al fin que no estaba nada mal la reunión y se divertían. Tanto que Frin se olvidó del asunto ese de los celos, saltaba con los chicos y se corrían. Las chicas los retaban, que no fueran nenitos, y ellos les retrucaban que no fueran plomas bailando todo el tiempo que ni un sanguchito dejaban agarrar. ¿Por qué no comiste en tu casa, nene? ¿Con lo que hay acá iba a comer en mi casa?!

Los gritos se hacían cada vez más altos. Hasta que la música cambió a lenta, de golpe. ¡Oh, no!, pensó Frin, no porque no le gustara abrazar a Alma, pero no ahí, delante de los demás. Por suerte los chistes y los gritos siguieron, y Lynko hacía como que se sacaba el cinturón en medio de la sala, Vera le decía que era un tonto, pero se mataba de la risa. Entonces Lynko se puso el cinturón de corbata y corrió a las luces de la sala: prender y apagar, para que pareciera un lugar de baile, aunque eran las cuatro de la tarde. Alma se reía, por Vera y por Lynko, que no paraba de hacer bromas y llamar la atención, y Frin abrazaba a Alma, y pensaba: Uy, ¿no se van a quemar los focos, culpa de Lynko? Los gritos y aplausos subieron de intensidad y, si de llamar la atención se trataba, Andrea Nola Soporto no iba a dejarse ganar:

—¿Quién quiere bailar conmigo? (preguntó levantando un brazo, parada en el medio de la sala).

Los varones empezaron a arrodillarse enfrente de ella, suplicándole ser elegidos, Lynko también. Era muy graciosa la escena.

—¿Me esperarás un minuto?

Le pidió Frin a Alma y se arrodilló estrechando sus manos:

—¡Yo, por favor! ¡A mí, Andrea! ¡Elegime a mí!

Y Andrea, como una diosa, como la dueña de la casa y algo más, bajaba el brazo, señalando con el dedo a uno y otro, hojeando el menú.

—Mm... ha... mm, ha... mm, ha... mm, ha...

Hasta que el dedo se detuvo en uno, cualquiera, otro. Los demás hacían como que estallaban en llanto, desesperados, se desmayaban en el piso y como que tenían convulsiones. Frin también, hasta que regresó a bailar con Alma, que había quedado como una película cuando cambian de canal y pasan a otra. Ahora Frin volvía a ese canal con ella.

Frin todavía se carcajeaba, Alma estaba como para un *casting* de Cenicienta, o de calabaza para la película de Cenicienta. Pero la finísima sensibilidad de Frin hizo que se diera cuenta, sobre todo cuando Lynko le advirtió:

—Dice Vera que Alma se re-enojó porque fuiste a hacerte el taradito con Andrea.

—¡Si vos también fuiste!

—Vera también se enojó.

Cuando la acompañaron a la estación de ómnibus, Lynko, Vera y él, Frin aprovechó para disculparse.

—Alma, lo del otro día era una broma, ¿sabés?

—¿Qué?

—Que nos arrodillamos con los chicos por Andrea.

—¡Ni me acordaba, Frin!

—Uh, buenísimo.

Cuando le contó a Lynko y a Vera, ella comentó:

—¿Vos le creíste que no se acordaba, Frin?

—¿Por qué no iba a creerle?

—¿Qué les pasa a los varones? Alma quería que le pidas disculpas.

—¿Qué les pasa a las mujeres, Vera? Si le pidió disculpas (Lynko).

—Más disculpas (Vera).

Frin saludó al ómnibus, que ya dejaba la plataforma. Alma y su mamá iban hacia la playa. Qué nabo, ¿cómo no se dio cuenta? No importa, ni bien llegara a casa le escribiría: “Alma, no me hagas esto, si estabas enojada decime, yo te pedía otras disculpas más, sin problema”.